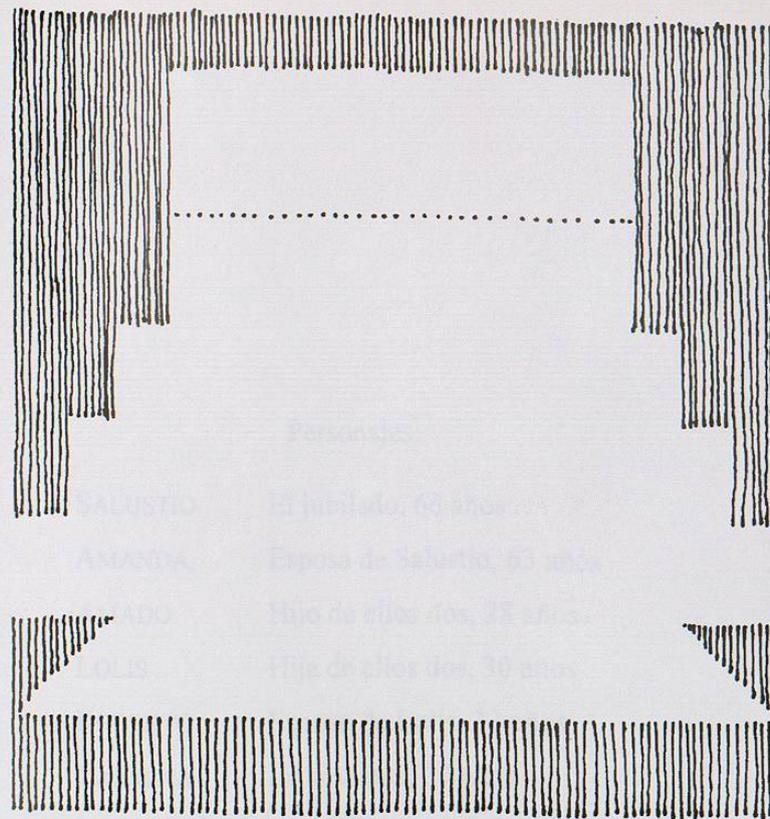


En la sociedad patriarcal, los hombres han sido los dueños de la palabra que nombra al mundo, y desde allí han construido concepciones que legitiman y fundamentan los sistemas de valores, las normas, las condiciones cosmogónicas y las explicaciones del orden patriarcal.

En resumen, en estas obras dramáticas podemos descubrir cómo es la representación de la mujer por los dramaturgos de "Dramas Nuevo León", los modelos que perfilan, y cómo reflejan la cultura patriarcal en nuestro país.

Asimismo, las ocho obras que presentamos en este volumen son el principio de una serie de recuperación de textos teatrales y de divulgación, necesarios para la memoria del teatro en Nuevo León.

ROSA MA. GUTIÉRREZ GARCÍA



Mi marido en crisis

Comedia en dos actos
Guillermo Alanís

ACTO I

Personajes:

SALUSTIO	El jubilado, 66 años
AMANDA	Esposa de Salustio, 63 años
AMADO	Hijo de ellos dos, 28 años
LOLIS	Hija de ellos dos, 30 años
ROBERTO	Esposo de Lolis, 32 años
CARMINA	La sirvienta, 37 años

Época: Actual.

Lugar: Una colonia de clase media en Monterrey, N. L., México.

ACTO I

Cuadro 1

Nos encontramos en la sala de la casa de la familia Medina, en escena aparecen Salustio, sus dos hijos, Amado y Lolis, y Roberto, esposo de Lolis. Al abrirse el telón escuchamos el descorche de una botella de champán que trae Salustio en sus manos, hay aplausos, gran algarabía, Salustio le da una copa a cada quien y les sirve, cada uno agradece y lo felicita.

ROBERTO.- ¡Un brindis!

TODOS.- ¡Sí! ¡Sí! Un brindis.

SALUSTIO.- Esperen a que llegue mi señora. *(Gritando hacia la cocina.)* ¡Vieja, apúrate!

ROBERTO.- *(Con la copa en alto.)* ¡Por don Salustio, el mejor suegro del mundo!

TODOS.- ¡Salud! *(Todos levantan sus copas.)*

SALUSTIO.- *(Gritando hacia la cocina.)* ¡Amanda!, estás sorda, ¿o qué?

LOLIS.- ¡Ay papá, déjala, ya la conoces!

SALUSTIO.- No, siempre hace lo que quiere, pero ¿por qué no está conmigo en este momento?

(Entra Carmina, la sirvienta, y sin que Salustio la vea, les hace señas a los demás, todos se preparan, alguien baja las luces y entra Amanda con un gran pastel con treinta velitas encendidas.)

AMANDA.- ¡Felicidades!

TODOS.- *(Cantando.)* Felicidades a ti, felicidades a ti, felicidades Salustio, felicidades a ti. *(Todos aplauden, Salustio apaga las velitas, aplausos.)*

SALUSTIO.- ¡Gracias! ¡Gracias!

AMADO.- ¡Que diga unas palabras!

TODOS.- ¡Sí! ¡Sí! ¡Que hable!

AMANDA.- ¡Ándale viejo, no te hagas del rogar!

SALUSTIO.- ¿Qué quieren que diga? Me siento muy contento, ¡ya!

AMANDA.- ¡No sea ranchero! Y dígales aquí unas palabras a sus hijos; no todos los días podemos festejar tu jubilación.

SALUSTIO.- Bueno, pues por fin, después de treinta y dos años de servicio en la empresa, me han jubilado; creo que eso debe ser motivo de alegría... no sé para quién.

AMADO.- *(Bromeando.)* ¡Para la empresa! *(Todos ríen.)*

SALUSTIO.- ¡Ay, yo creo que sí!

LOLIS.- Ay papá, ¿cómo eres? ¡Lo que van a batallar para encontrar otro como tú!

AMANDA.- No, si su padre todavía sopla, ¿se fijaron cómo apagó las treinta velitas?

SALUSTIO.- ¿Treinta? Fueron treinta y dos años de servicio.

AMANDA.- Ay sí viejo, pero es que las cajas de velas vienen de diez; y compré tres, ni modo que compre otra nomás pa' dos mugres velitas.

SALUSTIO.- ¡Y pensar que esos dos años fueron los más difíciles! Al principio los años se van como agua, pero a medida que pasa el tiempo cada vez son más lentos y pesados... ¡Interminables!

AMADO.- ¿Pero ya ves cómo todo tiene su final? Tú ya cumpliste con tu familia y estoy seguro que en la empresa te echarán de menos.

SALUSTIO.- ¡Hasta mi escritorio quitaron ya! No va a entrar nadie a suplirme.

LOLIS.- ¿Ves? ¡Eres insustituible!

AMADO.- ¿Ya pensaste qué vas a hacer ahora, papá?

SALUSTIO.- No sé; a lo mejor abrir un negocito, o...

AMANDA.- ¿Estás loco? Eso ni se discute, tú lo que mereces es descansar y disfrutar de la vida. ¡Ya verán todos cómo la vamos a gozar!

ROBERTO.- Pienso que Don Salustio sí debería tener algo en qué entretenerse, porque si no...

AMANDA.- La que va a cargar con el jubilado soy yo, así que los demás ni se metan.

LOLIS.- Parecería que la jubilada eres tú.

AMANDA.- Pues en cierta forma, hijita, ya también me jubilo de estar treinta y dos años en la casa preocupándome por el quehacer y tomando las decisiones domésticas yo sola. Ahora conviviremos más tu padre y yo; ahora seremos realmente marido y mujer.

CARMINA.- Igualito que en *La Diosa Olvidada*, la telenovela del mediodía.

AMANDA.- Carmina, ¿por qué no sirves el pastel?

CARMINA.- *(A todos.)* ¿Verdad que nadie quiere pastel?

AMANDA.- ¡Carmina!, así no se ofrecen las cosas.

CARMINA.- ¡Comieron mucho! Ya ni tienen hambre.

LOLIS.- Por mí no te preocupes mamá, estoy a dieta.

ROBERTO.- ¡Yo comí demasiado!

AMADO.- No se me antoja ahora.

SALUSTIO.- Yo al rato me como una rebanada con cafecito.

CARMINA.- ¿Ve cómo nadie quiso? Si tragaron que fue un contento.

AMANDA.- Llévatelo a la cocina y recoge por allá.

CARMINA.- *(Haciendo mutis.)* La cuestión es que no esté aquí, o sea: Carmina como quiera lárgate. *(Sale llevándose el pastel.)*

SALUSTIO.- No me gusta que sea tan respondona.

AMANDA.- Hay cosas que les tienes que aguantar, si no se te van, ¡y para conseguir otra!

SALUSTIO.- ¡Ya estaría! Tener que aguantar a alguien en mi propia casa, el dueño soy yo, no ella, y si no le gusta, se me larga.

AMANDA.- ¿Y tú vas y me consigues otra tan de confianza como ésta, o qué?

SALUSTIO.- Pones un aviso en el periódico y ya.

AMANDA.- Sí, tan fácil. Nomás no te empieces a meter con la servidumbre, Salustio, porque ese es mi departamento.

SALUSTIO.- ¿No acabas de decir que ya estás harta de tomar decisiones domésticas tú sola? Pues desde este momento empiezo a compartir contigo las responsabilidades del hogar. ¡Quiero que corras a la sirvienta!

AMANDA.- ¿Estás loco o qué tienes?

SALUSTIO.- Estoy dando mi parecer.

AMANDA.- *(Se le queda viendo fijamente a Salustio.)* Mira, Salustio, no quiero que... *(Reflexión. A los demás.)* ¿Muchachos su papá no se siente bien y necesita descansar, por qué no se van y nos dejan solos?

(Roberto le hace una seña a Lolis de retirarse; ésta recoge su bolsa.)

SALUSTIO.- ¡Me siento perfectamente!

AMADO.- ¡No te dejes, padre!

AMANDA.- Amado, no estés cocoreando a tu padre, que en bastantes problemas se está metiendo ya.

AMADO.- ¡Que gane el mejor! *(Sale hacia su recámara.)*

LOLIS.- Nos vamos, papá. *(Le da un beso en la mejilla.)*

SALUSTIO.- Hasta luego, hija.

LOLIS.- *(A Amanda, después de darle un beso en la mejilla.)* Si vas a despedir a Carmina, me la pasas a mí; recuerda que yo no tengo muchacha.

AMANDA.- Busca por otro lado, porque ésa de aquí no sale.

ROBERTO.- Pues qué bueno que ya lo jubilaron y que ahora van a estar juntos más tiempo; usted cuenta con nuestro apoyo para lo que decida: que quiere descansar, descanse; que quiere poner un negocio, ¡póngalo!; que quiere correr a la gata, ¡córrala!

AMANDA.- (*A Lolis.*) Llévate a tu marido, hija, si no quieres convertirte en una joven viuda.

LOLIS.- (*A Roberto.*) ¡Vámonos y ya cállate!

ROBERTO.- ¿No nos llevamos una rebanadita de pastel para mañana?

LOLIS.- ¡Estamos a dieta! (*Sacándolo casi a la fuerza.*)

ROBERTO.- No, pero si yo no...

LOLIS.- Sí, estás engordando. (*Salen.*)

SALUSTIO.- Pues fue muy breve el brindis.

AMANDA.- Hay varias cosas que creo que debemos poner en claro.

SALUSTIO.- Sí, primero déjame hablar con Carmina. (*Gritando a la cocina.*) ¡Carmina!

AMANDA.- ¿Qué vas a hacer? No quiero que la corras.

(*Entra Carmina.*)

CARMINA.- ¿Me habló, señor?

SALUSTIO.- ¿Cuántos años llevas trabajando en esta casa?

CARMINA.- Ay, no sé, señor, ¡muchos!

SALUSTIO.- ¿Se te ha tratado mal en alguna ocasión?

CARMINA.- No, Señor.

SALUSTIO.- ¿Estás a gusto aquí?

CARMINA.- ¡Claro que sí, señor!

SALUSTIO.- Mira, Carmina, a partir de hoy las cosas van a cambiar en esta casa, porque ahora soy un jubilado.

CARMINA.- ¡Ay, pobrecito!

SALUSTIO.- Jubilado quiere decir que ya no te necesitan en un trabajo donde te exprimieron toda la vida.

CARMINA.- (*Asustada.*) ¿Me van a jubilar a mí?

SALUSTIO.- ¡No!

CARMINA.- ¡Qué bueno! No lo podría soportar; ha de ser horrible que ya no lo necesiten a uno, ¿verdad?

SALUSTIO.- Lo que te quiero decir es que como yo voy a estar todo el día en la casa, hay ciertas cosas que tendrán que cambiar.

CARMINA.- Me imagino, lo siento por la señora.

AMANDA.- ¿Por mí? ¿Por qué?

CARMINA.- Pues como que ahora la van a tener más controladita.

AMANDA.- ¿Controladita yo? No ha nacido el hombre...

SALUSTIO.- Habrá cambios, Carmina. Y yo se los iré diciendo a medida que se vayan ofreciendo.

CARMINA.- ¡A ver si no termina el señor como el patrón de mi prima Zoraida!

AMANDA.- ¿Cómo terminó el patrón de tu prima Zoraida?

CARMINA.- Pues que lo pusieron así como al señor: jubiloso.

AMANDA.- Jubilado.

CARMINA.- ¡Eso! Y al siguiente día no aguantó y se pegó un tiro en la cabeza.

AMANDA.- Ve a terminar de lavar los trastes de la cocina.

CARMINA.- Mi prima Zoraida estaba tan asustada, que corrió a confesarse luego luego.

SALUSTIO.- ¿A confesarse? ¿Por qué?

CARMINA.- Es que como el señor cada rato le decía: “ándale Zoraida, déjate, al cabo que sí me caso contigo”, y nunca se casaron.

AMANDA.- ¿Era soltero el hombre?

CARMINA.- No, si estaba casado.

AMANDA.- ¿Y cómo se pensaba casar con tu prima Zoraida?

CARMINA.- *(Reflexionando.)* ¡Ah! ¡Tan zonza mi prima Zoraida! ¿Verdad?

AMANDA.- ¿Se te hace? ¡Mira! Vete a la cocina, ándale.

CARMINA.- Sí, Señora, ya voy. *(Sale.)*

AMANDA.- ¿Es lo que querías? ¿Chiflarla? A éstas hay que saber manejarlas, si no, se te trepan.

SALUSTIO.- Lo que a mí me gustaría saber es quién maneja a quién.

AMANDA.- Bueno, ahora que ya vas a estar en la casa todo el día, déjame decirte cuál es mi rutina: me levanto a las siete y media a prepararte el almuerzo –eso puede cambiar, puesto que ya no vas a trabajar–, después veo una telenovela, me arreglo y salgo al banco, al súper, a hacer pagos, compras, etc. Regreso a la casa como a las doce y superviso la comida, mientras vemos otra telenovela. Llegas tú, comemos, te despido, duermo una breve siesta y me arreglo, porque en las tardes me toca con dos grupos diferentes la jugada, los martes y los viernes. Los otros días me voy con las muchachas a tomar el café o al cine, regreso como a las siete, superviso la cena, y las noches ya sabes que te las dedico a ti.

SALUSTIO.- ¡Sí!, a ver televisión y a dormirnos; suena muy interesante tu vida.

AMANDA.- ¿Es en serio ese comentario, o es un sarcasmo?

SALUSTIO.- ¿Tú qué crees?

AMANDA.- No me menosprecies, Salustio, no soy la misma Amanda con la que te casaste hace treinta y cinco años.

SALUSTIO.- Sí, supongo que has madurado mucho en tus jugadas.

AMANDA.- ¿Qué querías que hiciera todo ese tiempo, sola aquí encerrada? ¿Te preocupaste alguna vez por lo que yo hiciera mientras tú trabajabas?

SALUSTIO.- ¿Vamos a discutir en mi primer día de jubilación?

AMANDA.- No, tienes razón. *(Él la abraza.)*

SALUSTIO.- ¿Qué voy a hacer ahora, Amanda?

AMANDA.- ¡Vivir! ¡Vivir!

SALUSTIO.- ¿Estás segura que no seré un estorbo para ti?

AMANDA.- *(Lo separa con cariño.)* ¿Pero qué estás diciendo, tontito? ¿Estorbo? ¿Mi marido? ¡Cuántas mujeres no quisieran tener a su marido todo el día con ellas!

SALUSTIO.- Tengo miedo.

AMANDA.- ¿De mí?

SALUSTIO.- No, de mí.

AMANDA.- No pienses en eso. ¿Por qué mejor no vamos a dormir la siesta? Ya es hora.

SALUSTIO.- No estoy acostumbrado a dormir siesta.

AMANDA.- Pero puedes acostumbrarte, es tan saludable. No me gustaría dejarte aquí solo; y además no tienes otra cosa que hacer.

SALUSTIO.- ¡Sí! Tengo que poner en orden mis pensamientos. Anda, ve tú, yo estaré bien.

AMANDA.- Cualquier cosa que se ofrezca, ahí está la muchacha; yo me duermo una hora, más o menos. *(Le da un beso en la mejilla.)* No te mortifiques mucho, todo saldrá bien. *(Sale hacia la recámara.)*

SALUSTIO.- *(Viendo su reloj de mano.)* Las tres de la tarde; apuesto que nadie se ha ido a su escritorio todavía; ¡ya sé! *(Corre al teléfono y marca un número.)* ¿Bueno? ¿Quién habla? Soy yo Salustio... ¡Ah! ¿Cómo estás Carlitos? ¿Cómo están los demás? Dizque trabajando, casa libre para hacer lo que quiera, ¿no les da envidia?... Oye, dile a Genaro que no alcancé a surtir los pedidos de Casa Tamez, y esos son unos clientes muy especiales y... ¿Cómo? ¡Ah! Ya los enviaste, qué bueno, es que estaba con ese pendiente... Oye, cualquier cosa que se ofrezca, échame un telefonazo, saludame a todos, y a ver cuándo nos juntamos, ¡eh! ¡Hasta luego! *(Cuelga. No haya qué hacer, ve a un lado y otro.)* No me gusta cómo están

acomodados los muebles. *(Gritando a la cocina.)* ¡Carmina! ¡Carmina!

(Entra Carmina secándose las manos en el delantal.)

CARMINA.- ¿Me llamó el señor?

SALUSTIO.- ¡Ayúdame a mover estos muebles!

CARMINA.- ¿Mover los muebles? *(Voltea a la recámara.)* ¿Ya le pidió permiso a la señora?

SALUSTIO.- ¿Permiso? Aquí el que manda soy yo, agárrate de ahí. *(Toman un mueble entre los dos y lo cambian de lugar.)*

CARMINA.- Yo quiero saber qué va a decir la señora.

SALUSTIO.- ¿Por qué? ¿Qué puede decir?

CARMINA.- No le va a gustar que le vengán a descomponer su casa.

SALUSTIO.- También es mi casa, y ahora voy a vivir más en ella. *(Toman otro mueble.)* ¡Jálalo más para la derecha! Y además, no se la estoy descomponiendo, la estoy arreglando.

CARMINA.- Eso lo decidirá ella.

SALUSTIO.- Si vamos a cambiar de vida, tenemos que empezar hasta con los muebles.

CARMINA.- ¡Me encanta cambiar las cosas de lugar! Se me hace que usted y yo nos vamos a entender muy bien. *(Salustio voltea y se le queda viendo extrañado, ella lo ve.)* No me malinterprete.

SALUSTIO.- Carmina, nunca me has dicho si estás casada o tienes novio o qué.

CARMINA.- Le advierto que no me interesa meterme con usted.

SALUSTIO.- Y yo te advierto que si a mí me interesara meterme contigo, ya lo hubiera hecho desde cuando.

CARMINA.- ¿De veras? ¡Qué aventado!

SALUSTIO.- ¿Eres casada o no?

CARMINA.- Separada; viví arrejuntada con un hombre: Romualdo, pero me pelié con él y lo dejé.

SALUSTIO.- ¿Y todo ese tiempo tú... nada de nada?

CARMINA.- ¡Qué indiscreto es usted! Ya me voy para la cocina.

SALUSTIO.- Bueno, ayúdame nada más con el otro mueble y ya.

CARMINA.- Está bueno. *(Cambian otro mueble de lugar.)* ¿Ahí está bien?

SALUSTIO.- Yo creo que sí.

CARMINA.- ¡Con permiso! *(Inicia mutis a la cocina.)*

Salustio.- ¡Gracias! *(Sale Carmina. Viendo a la sala, sonrío muy satisfecho.)* ¡El gusto que le va a dar a mi vieja cuando vea que ya empecé a hacer cambios en la casa! *(Viendo las paredes.)* No me gusta el color de ese muro, tal vez se vería mejor en color morado... ¡Lo voy a pintar! *(Gritando a la cocina.)* Carmina, ahora regreso voy a la tlapalería que está aquí en la esquina. *(Sale.)*

(Carmina entra corriendo y presurosa toca la recámara de Amado; aparece éste.)

CARMINA.- ¡Ya se fue tu papá, pero no tarda en regresar!

AMADO.- Ay, Carmincita. *(La abraza y Carmina se deja.)*

CARMINA.- ¿Qué vamos a hacer ahora con tu papá en la casa?

AMADO.- Tendremos que turnarnos él y yo.

CARMINA.- ¡Estás loco! ¿O qué tienes? *(Él sigue fajándola por atrás.)* Ay Amadito, ahora hay que tener mucho cuidado, tu papá nos puede descubrir.

AMADO.- Se me hace que te trae ganas.

CARMINA.- ¡Ni digas eso! Ya no podremos vernos mientras tu madre duerme la siesta.

AMADO.- Sólo que ocupemos a mi papá en algo.

CARMINA.- Como no le dé en ponerse a cambiar muebles después de cada comida, porque qué friega.

AMADO.- ¿Qué podremos hacer? *(Los dos no hayan qué hacer, aunque Amado no deja de fajarla.)*

CARMINA.- ¿Y si aprovechamos cuando la señora sale a sus jugadas?

AMADO.- Que yo no puedo a esas horas, entiende. *(Suena el teléfono.)* Es más, ya se me hizo tardísimo y me tengo que ir. *(Inicia mutis.)*

CARMINA.- ¿Me vas a dejar así?

AMADO.- Mañana le seguimos.

CARMINA.- ¿Con tu padre aquí?

AMADO.- Ya encontraremos qué hacer, ¡Contesta! (*Le da un beso y sale.*)

CARMINA.- (*Contesta el teléfono.*) ¿Bueno? ¿Romualdo? ¿Otra vez tú? Ya te he dicho que no quiero que me molestes, y mucho menos a la hora de la siesta de la señora. ¡Interrumpes!... No, no quiero volver contigo... Lo nuestro se acabó, ¿está claro?... ¡Sí! La pasamos bien, pero tú y yo no podemos vivir bajo el mismo techo, ¡adiós, Romualdo! Y ya no quiero que me llames *La insaciable*... (*Cuelga.*) Ay, ¡qué éxito el de una! (*Reflexiona y muy dramáticamente habla para sí.*) “Carmina se encontraba en medio de una encrucijada: no sabía dónde buscar la felicidad; en Amado, el señorito rico y enamorado, o Romualdo, aquella bestia salvaje que le brindaba unas tardes plenas de amor y pasión”... (*Piensa.*) “¡De pronto! Carmina tuvo una”... No, “¡otra! de sus geniales ideas”. El señor me preguntó muy interesado si yo nada de nada, tal vez le daría gusto saber que su hijo me ha estado consultando todos estos años... ¡Y en un descuido hasta nos casan! Así mato dos pájaros de un tiro, porque Romualdo no se atrevería a seguir a una mujer casada... ¿Y si se lo digo? Pero... ¿y la señora, cómo lo irá a tomar? Mejor que ella no se entere. (*Suena el teléfono.*) ¿Bueno? Casa de la familia Medina. ¡Ah, Lolis! No, la señora duerme y el señor dijo que iba a la tlapalería, pero aquí estoy yo, platíqueme lo que quiera.

(*Entra Salustio con un bote de pintura y unas brochas.*)

SALUSTIO.- ¡Ya llegué!

CARMINA.- Ya llegó el señor. (*A Salustio.*) Es Lolis, quiere hablar con usted.

SALUSTIO.- Tráeme la escalera y unos periódicos. (*Carmina sale muy dramáticamente, él contesta el teléfono.*) ¿Bueno? ¿Qué pasó hijita...? ¿Cómo? ¿Te peleaste con tu marido? Pero... ¿por qué? ¿Saliendo de aquí? Bueno, ya sabes que tu madre y yo estamos para ayudarte... Sí, aquí vamos a estar. ¿Vienes otra vez para acá? Aquí te esperamos, y no te

preocupes, hasta luego. (*Cuelga.*) Pobrecita de m'ija, lo que es la inmadurez, no ha sabido acoplarse con su marido, pero ya el tiempo le enseñará, como a nosotros.

AMANDA.- (*Gritando desde afuera.*) ¿Pues qué escándalo traen? (*Entra.*) No me han dejado dormir la siesta.

SALUSTIO.- Habló Lolis que se peleó con el marido y que viene para acá.

AMANDA.- (*Alarmadísima.*) ¿Lolis se peleó con Roberto? ¿Y tú estás tan tranquilo? ¡Pobrecita de m'ija! ¿Por qué no me despertaste? (*Va a sentarse automáticamente donde estuvo uno de los sillones, al intentarlo, Salustio se deja ir encima de ella para detenerla.*)

AMANDA.- ¿Qué haces? ¿Qué...? (*Ve todos sus muebles cambiados. Horrorizada.*) ¿Quién cambió mis muebles de lugar?

SALUSTIO.- ¡Sorpresa!

AMANDA.- No me gustan esta clase de sorpresas; la que decide dónde van los muebles soy yo.

SALUSTIO.- Quería experimentar un cambio.

AMANDA.- Pudiste haberme consultado, así al menos sabrías por qué jamás van a cambiar de lugar estos muebles.

SALUSTIO.- Y espera a que pinte los muros.

AMANDA.- ¿Pintar los muros? ¡Sobre mi cadáver!

(*Entra Carmina con una escalera de tijera y unos periódicos, ella no ha visto a Amanda, pues está esquivando un posible golpe con la escalera, se ha agachado.*)